

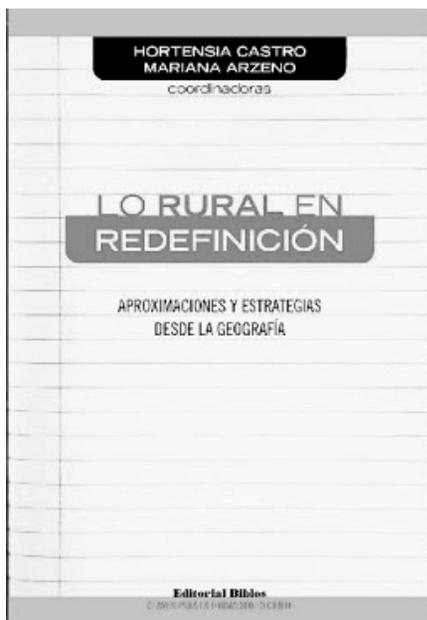


Reseña / POR PEDRO TSAKOU MAGKOS*

Hortensia Castro y Mariana Arzeno (coordinación general)

Lo rural en redefinición, aproximaciones y estrategias desde la geografía

Editorial Biblos, Buenos Aires, 2018. 348 p.



* Profesor consulto. Universidad de Buenos Aires (UBA).

Los términos *rural* y *redefinición*, que son parte del título de esta obra, son una feliz manera de expresar con rotundidad un asunto respecto del cual existe ya consenso y que está lejos de ser una mera cuestión distintiva entre *lo urbano* y *lo rural*. Interpretamos que las coordinadoras quieren situarnos desde un principio ante el ámbito rural como un objeto de estudio en sí mismo. En ese sentido, el otro aspecto que queremos destacar es el referido al subtítulo. En efecto, es la geografía como disciplina de las ciencias sociales la que ha realizado, en las últimas décadas del siglo XX y en las que van del presente siglo, los más fértiles aportes en la redefinición a la que aluden. Se nos podría decir que el asunto parece obvio y que deberíamos dedicar el limitado espacio del que disponemos para esta reseña, sin más, a proveer al lector de la correspondiente valoración y guía acerca de los contenidos del libro. Sin embargo, nos parece pertinente una breve contextualización que apunte a subrayar – precisamente a propósito de nuestra opinión acerca de este valioso volumen– la especificidad de *lo rural* como objeto de estudio de las ciencias sociales. Ante todo, aunque el locus donde se desenvuelve la sociedad no ha estado ausente en diversas disciplinas de las ciencias sociales o en tópicos específi-

cos dentro de ellas, buena parte de éstas parecen haberse construido en condiciones solo parcialmente pertinentes y, aun a veces, virtualmente en el vacío. En forma breve, veamos algunas de esas construcciones parciales y su relación con el ámbito rural.

Unos pocos clásicos de las ciencias sociales a esos respectos: la teoría *ricardiana* de la renta diferencial –aunque es el pivote de su economía política y conlleva una tesis sobre la localización del capital invertido en la tierra, frecuentemente aplicada, sin duda– vía elaboraciones posteriores de Von Thunen, Weber, Christaller o Losch, dio lugar a teorías de localización de actividades específicas con limitadas referencias a *lo rural* como ámbito más amplio. La contradicción ciudad/campo en Marx, antes que una referencia al “campo” como ámbito –excepto la localización dispersa y/o aislada de la población y alusiones al campesinado no siempre correctamente interpretadas– es tributaria de su tesis general sobre el carácter de la acumulación del capital y la acumulación originaria (incluyendo en dicha acumulación a la separación o fractura entre el trabajo, como fuerza natural, y la naturaleza, exterior a ella). Tanto Durkheim como Tönnies –con las definiciones de solidaridad mecánica/

orgánica en uno, y la distinción entre comunidad/sociedad en el otro— aluden a formas de relación social antes que a localizaciones geográficas propiamente dichas, como a veces se ha pretendido. En el *mainstream* marginalista de la economía, la renta económica neoclásica incluye la movilidad de los factores productivos entre usos alternativos (empresas o ramas), pero ella no implica necesariamente desplazamientos geográficos y, por lo tanto, *lo rural* es tan indiferente como cualquier otra localización. Al considerar dicho *mainstream*, inicialmente el caso de los llamados recursos agotables e incluir posteriormente a otros recursos naturales, las rentas de escasez (o términos equivalentes) de Hotelling, Hotelling-Fisher o Faustmann se refieren al uso de recursos (mineros, forestales, etc.) de por sí localizados sin aludir para nada a las características del ámbito donde se encuentran. La nueva geografía económica de Krugman es un caso diferente, pero no se refiere a la cuestión rural/urbana en particular. Más cercana a nuestro tema, la sociología rural de Sorokin y Zimmerman en los Estados Unidos, inspirada en Tönnies, introdujo el continuo rural-urbano, originalmente tributario de las teorías de la modernización, e imprimió primariamente a *lo rural* características, entre

otras, identificadas con lo agrario y subordinadas a la ciudad como modelo del progreso. Y, con ello, sumó abordajes centrados en las correspondientes unidades/sujetos sociales agrarios y en la vida rural sin diferenciación clara entre las dimensiones rural y agraria. Las dificultades analíticas entre la dimensión territorial y la dimensión sectorial de lo específicamente rural derivadas de ello han experimentado, con posterioridad, diversos intentos de superación en contextos muy diferentes: la agricultura *part-time* centrada en tipificaciones de los *farmers* de los Estados Unidos ya desde la etapa post Gran Depresión, independientemente de la localización rural/urbana de la otra actividad *part-time*. La multifuncionalidad rural en su versión inicial europea centrada, precisamente, en *lo rural* como ámbito geográfico, pero tributaria de la política agraria común (PAC) antes que de *lo rural* como objeto de investigación académica. El empleo rural no agropecuario latinoamericano (ERNA), que delimitó una pluralidad de empleos de ese tipo y los extrapoló al ámbito rural al criticar las políticas de desarrollo de este sector centradas en lo agrario, aunque entre los casos que le dieron origen no estuvo implicada necesariamente la desagrarización del sujeto social en cuestión (concretamente, casos de campesinos

pluriactivos con persistencia campesina). Así, pues, habría introducido cierta confusión entre la localización rural de esos empleos y la pertenencia sectorial de los sujetos aludidos. Esto es: tendió a indiferenciar casos en que hay localización rural de empleos agrarios y no agrarios por parte de sujetos sociales diferentes y casos de sujetos sociales agrarios con pluriactividad ruralmente situada. *Lo rural* como objeto de estudio de las ciencias sociales propiamente dicho experimentó, así, cierta mengua. En la Nueva Ruralidad latinoamericana, con sus diferentes versiones, *lo rural*, en cambio, es reconocido como un mundo con su especificidad propia (Sergio Gómez) o es redefinido como efecto de las profundas transformaciones en las cadenas agroalimentarias internacionales “hacia sus orígenes” hasta, aun, postular el desdibujamiento de la distinción rural-urbana misma (Graciano da Silva). No es necesario abundar en los debates subsecuentes acerca de los indicadores alternativos destinados a establecer las delimitaciones estadísticas entre rural y urbano para retomar nuestra sugerencia inicial, esto es la específica significación de *lo rural* como objeto de estudio en sí mismo por parte de las ciencias sociales, a diferencia de los (¡legítimos!) en-

foques sectoriales agrarios o de otras ramas desde la perspectiva, también, de las ciencias sociales. En otras palabras: como hemos señalado, se trata de una cuestión en la que cualquiera sea el término utilizado (espacio, lugar, territorio, región, etc.) estamos ante una dimensión y una escala analítica que pertenece a la geografía como ciencia social por derecho propio; sin excluir sino involucrendo, como sucede siempre en estas ciencias, a las demás disciplinas que las integran.

Yendo a la reseña propiamente dicha, las coordinadoras han organizado los trece capítulos del libro en cinco partes, que guían muy bien al lector respecto de los diversos abordajes posibles de *lo rural*. En efecto, comienzan por presentar diferentes debates o especialidades geográficas que involucran a su objeto de estudio; a continuación reúnen textos que discuten conceptos caros a la geografía como *territorio* y *región* en relación a *lo rural*; dedican una tercera parte a trabajos sobre movilidad espacial poblacional rural; subsecuentemente agrupan estudios sobre patrimonialización o valoración turística rural e indicaciones geográficas de productos; para finalizar con dos aportes metodológicos, uno cuantitativo, sobre información agropecuaria (particularmente censal),

y otro cualitativo, sobre la entrevista, combinando procedimientos antropológicos y geográficos. Sin embargo, nos parece útil subrayar en forma concisa contenidos en los cuales se alude a *lo rural* como cuestión conceptual y a las temáticas –dentro de *lo rural*– que pueden encontrarse en él, sin ajustarnos estrictamente a aquella organización. Esperamos, más bien, invitar mediante esta modalidad expositiva a la lectura – y, en general, al uso de sus diferentes capítulos– de tan atractivo volumen.

Hortensia Castro inicia el libro desarrollando con ricos matices las miradas dicotómicas campo/ciudad (que conciben al primero como agrario, tradicional o refugio) y críticas de tales dicotomías (basadas en tipos de continuo rural-urbano, en diversas nuevas ruralidades o en revisiones de la multifuncionalidad rural); de tal suerte que *lo rural* se presenta como ámbito de disputas tanto materiales como simbólicas; como visiones esencializadoras, de carácter relacional-social o que asignan al territorio una diversidad de sentidos; y, derivando en distinciones entre *campo*, *rural*, *ruralidad* que no son meramente terminológicas sino que implican significaciones diferentes.

Los usos de las conceptualizaciones de territorio para los estudios agrarios son abordados por Mariana Arzeno. Aunque recorta en estudios brasileños y argentinos y en investigaciones en las que el concepto de *territorio* es el que estructura los estudios agrarios, ello le da mayor profundidad a su revisión. En efecto, considera procesos de territorialización del capital en actividades agrario-exportadoras con sus improntas de expansión, dominación y desigualdad, mediante diferentes variables analíticas seleccionadas para ello. Los distintos tipos de migraciones y las identidades territoriales preexistentes y/o transformadas le permiten mostrar una diversidad de conceptos contruidos para dar cuenta de dimensiones territoriales en tales tipos de procesos agrarios (territorialización, desterritorialización, reterritorialización). Diferentes tipos de conflictos agrarios considerados muestran luchas por la tierra y otros recursos ante la expansión capitalista, luchas campesinas, confrontaciones a propósito de diversas políticas públicas de desarrollo. En suma, lo agrario es utilizado para estudiar usos del territorio, identidades territoriales y relaciones de poder en sentido amplio.

Tomando uno de los marcos teóricos de territorio mencionados –su concep-

tualización desde la perspectiva del poder-, Arzeno, Mariana Ponce y Federico Villarreal exponen dos casos del noroeste y noreste del país que les permiten mostrar tanto las estrategias metodológicas utilizadas como el papel de los conflictos territoriales en la persistencia de significativas desigualdades en los ámbitos rurales y, al hacerlo incluyendo las cuestiones de método, ilustrar acerca de la génesis y la forma que dichas desigualdades alcanzan en determinados momentos de observación.

Un referente brasileño en los estudios geográficos, Rogelio Haesbaert, explica su concepto de red regional, que implica contrastar los términos *red*, *territorio* o *región* con las formas que, en su observación y opinión, adoptan diversos procesos y conformaciones geográficas. La red regional tendría, fundamentalmente, dos elementos básicos: los territorios con base local o comunitarios (los puntos de la red a escala nacional), y la red propiamente dicha (los flujos materiales e inmateriales interlocales de carácter inraidentitario). El autor enfatiza, sin embargo, que la red regional aunque es ambigua y abierta, múltiple y fragmentada, se mantiene y fortalece mediante articulaciones entre los territorios locales y los de origen. Evidentemente, es un concepto que ex-

cede a *lo rural* como lo veníamos aludiendo pero, al mismo tiempo, existen casos (como el de los gauchos de Río Grande do Sul que el autor estudió) cuyo abordaje resulta sin duda enriquecido de esta forma. Son conocidos los estudios sobre el trabajo femenino intrapredial y asalariado agropecuario, así como las críticas a imágenes usuales a ambos respectos.

Mónica Carbó Ariño, Mireia Baylina Ferré y María Dolors García-Ramón presentan, a través de un caso en Cataluña, los aportes que respecto de los estudios rurales pueden derivarse de la perspectiva de género en geografía. Las autoras –partiendo de las diversas dimensiones en las que se han transformado las mujeres en las últimas décadas, las críticas del ecofeminismo y la complejidad que implican los aspectos materiales e imaginarios involucrados en *lo rural*– estudian un caso de mujeres empresarias en una localidad en particular, de manera que ponen en juego dimensiones de género estructurales, simbólicas y personales como condiciones necesarias, en formas sinérgicas o complementarias, contradiciéndose o superándose unas a otras o generando procesos rurales difíciles de conceptualizar sin ese entramado.

Quienes pudieran suponer, ateniéndose a nuestro énfasis en la distinción analítica entre *lo rural* y *lo agrario*, que este libro subestima lo agropecuario en un país como la Argentina donde tal sector es clave en varios sentidos (como productor de mercancías exportables y mercancías salario, como garantía de autosustentabilidad en alimentos y fibras, como configurador de una pluralidad regional y una heterogeneidad social basada en lo agrario), este volumen incluye capítulos en los que el agro es directamente estudiado tanto como otros en los que lo agropecuario forma parte de otros abordajes. Así, Carlos Reboratti presenta una excelente síntesis del modo en que la geografía agraria nacional se expresa en diferentes tipos de regiones y ruralidades, del mismo modo en que lugares, bienes y servicios agrarios son hallables en todas las partes que componen este libro. La complejidad agropecuaria del país no tiene desmedro con la síntesis de Reboratti, más allá de la modestia del adverbio “pequeña” del título. El lector, podríamos decir, localiza región por región las actividades agropecuarias del país a medida que son caracterizadas, construyendo así una concisa pero completa imagen territorial agraria de la Argentina.

En consonancia con el capítulo mencionado en el párrafo precedente, Juan Pablo Venturini discute un concepto – el de arreglos espacio-temporales del trabajo y el capital– que le permite presentar un aspecto del agro argentino cuya significación excede la reducción absoluta de los requerimientos laborales y su reestructuración en favor de los trabajadores transitorios. Nos referimos a los trabajadores de maquinaria agrícola. Aunque hay estudios agrarios que han ahondado en este fenómeno, el autor pone el acento en los desplazamientos regionales y las épocas laborales basadas en las respectivas estrategias de trabajadores y empresarios. Los movimientos espaciales de hombres y equipos visibilizan así, las relaciones de una actividad económicamente estratégica en la Argentina, con la ruralidad propiamente dicha, cosa que excede –como se sabe– a lo pampeano entendido en sentido estricto.

Susana Beatriz Adamo aborda también la cuestión de los movimientos espaciales, esta vez –tras una referencia a escala nacional– desarrollando un estudio de caso en Jáchal, San Juan. Considera los niveles analíticos, los tipos de proceso y los horizontes temporales involucrados. Hace una crítica de la teoría económica del capital humano y pre-

senta enfoques demográficos cuantitativos y diversos enfoques cualitativos (medios de vida y estrategias de vida). Diferencia los tipos de movimientos espaciales de la población, los tipos de sujetos que los protagonizan y las magnitudes y características que adoptan. De esa manera, el capítulo precedente y este mismo, brindan una imagen heterogénea y dinámica de la relación entre movimientos poblacionales y tipos de ruralidad.

Pero la cuarta parte del libro reúne tres trabajos que son muy ilustrativos acerca de la pertinencia y la potencialidad del deslinde de *lo rural* como objeto de estudio más allá de “lo agrario” aunque, como hemos señalado más arriba, seguiremos encontrando diversos plejos agrarios/no agrarios ruralmente situados. Perla Zusman y Cecilia Pérez Winter presentan la cuestión de la patrimonialización de componentes naturales e histórico-culturales del ámbito rural. Diferencian y explican la patrimonialización de lo fijo, lo móvil y lo integrador y los relatos que tienden a invisibilizar sujetos, prácticas y actores mediante simplificaciones o estereotipos. No es posible sintetizar esas diferenciaciones y simplificaciones pero, tanto los casos a los que aluden como su estado del arte en este tipo de estu-

dios, son desveladores, son *miradas* en su sentido propio, como distinto de *ver sin mirar*. Y, al mismo tiempo, muestran cómo se comportan esas miradas cuando son motorizadas por las acciones de patrimonialización y las consecuencias que pueden sobrellevar. Qué, cómo y cuándo se patrimonializa adquieren una conexión directa con la delimitación de *lo rural* mismo.

Fernando Velázquez Inoue pone en cuestión la supuesta relación necesariamente virtuosa entre turismo y desarrollo rural y dedica buena parte de su trabajo a exponer las contradicciones que puede implicar tal relación. Considerado como creciente mercantilización de lugares antes que mera evolución o desarrollo económico, permite poner en primer plano la producción de valores turísticos (con sus tipos según miradas economicistas) e incluye sus consecuencias contradictorias sociales y ambientales. Implica, también, poner en cuestión –como lo hace el texto en varios pasajes– reformulaciones de lo que se entiende por ruralidad.

El último trabajo de esta parte, a cargo de Hortensia Castro y Franco Cinnalli, agrupa bajo la denominación de *indicaciones geográficas* a una variedad de estrategias de promoción de produc-

tos agropecuarios (alimentos, fibras, bebidas) sometidos a indicación de procedencia, apelación de origen o denominación de origen controlada. Aunque se reconoce que la distinción geográfica de productos agrarios no es nueva, se presta especial atención al desarrollo que han tenido en las últimas décadas. Llamam la atención acerca de que son motorizadas tanto desde agentes económicos que los visualizan como negocios, como desde áreas estatales o privadas locales interesadas en acciones de desarrollo. Pero lo más interesante es la significación que se les atribuye a efectos de la geografía rural, en la medida en que valorizan y diferencian lugares precisamente en dicho ámbito.

Finalmente, el libro se cierra con dos textos metodológicos. Cristina Klimsza, con amplia y acreditada experiencia en estadísticas agropecuarias, expone los diferentes tipos de estadísticas de la Argentina en las que está involucrada la dimensión rural (tanto de los institutos de estadísticas, la Secretaría/Ministerio del ramo, y de otras áreas estatales cuyas actividades conllevan registros diversos) aunque, como es lógico, da prioridad a los censos y encuestas agropecuarias. Explica claramente el lugar clave que jugaron en la historia de las estadísticas agropecuarias del país

los censos nacionales agropecuarios de 1988 y 2002, así como las encuestas intercensales posteriores. La íntima conexión entre la cabal comprensión de las definiciones operativas y las circunstancias de modo, tiempo y lugar que determinan cada relevamiento con la correcta interpretación de los datos está cuidada y claramente enfatizada. Cuando expone detalladamente estas definiciones y métodos censales agropecuarios, muestra sus inexorables vinculaciones con la geografía rural (que no podemos sintetizar aquí, de modo que mencionaremos solo algunas a título ilustrativo: la novedosa y clave incorporación de las EAP sin límites definidos, la diferenciación regional de los formularios, la ejecución federal del relevamiento, etc.). Informa, además, acerca de los contextos en los que se encuadra la comparabilidad internacional de estos relevamientos. Los elementos que brinda la autorizada palabra de la autora serán, sin duda, útiles para la formación de estudiantes e investigadores y relevantes para los usuarios en general.

Silvio Huber, a su vez, se dedica a un instrumento metodológico cualitativo: la entrevista. Apoyándose en la geografía y la antropología, recupera los conceptos de *espacio*, *lugar* y *territorio*, por un lado, y, por el otro, explica el con-

cepto de *entextualización* para desarrollar las ocho relaciones de poder (territorialidades) entre entrevistador y entrevistado. Introduce de forma poco usual y al mismo tiempo sugerente la dimensión territorial en las investigaciones rurales.

Terminamos esta reseña, entonces, invitando vivamente al lector a considerar la pluralidad de dimensiones que supone para la investigación en ciencias sociales el abordaje de *lo rural* como objeto de estudio y los calificados y diversos aportes que al respecto brinda este libro.